

EL LIMBO DEL ALMA PERDIDA

***Gerson Gallego**

**Universidad Tecnológica de Pereira
Email: nirjer@gmail.com*

De pie en el mirador público, se ve toda la ciudad de la cual nunca he podido escapar, de donde nunca he podido salir, ni huir, ni vivir, ni sufrir, ni reír. Miro las móviles luces de los autos, las estáticas edificaciones y las siluetas de las montañas que la abrazan escondiéndose, como a una mosca la araña, como avergonzada de que una fuerza superior pudiera ver su error, su terrible estupor, su maligno esplendor, su insoportable confort. Observo el rojo cielo como la sangre o el infierno que pareciese que en él se libraba una batalla entre ángeles y boleros, y con su sangre se manchaban las nubes todo absorbiéndolo.

Veo una bruma que baja lento y se instala a mi alrededor con un blanco intenso, un blanco hueso. Tan espesa que podría con un cuchillo cortarla, cual Peter Pan a la vela del barco del malvado y magnífico Capitán Garfio. Su frío penetra por mis poros hasta mi sangre y simientes, congelando hasta mi carne, y mi piel y mis sapiencias, tanto así que yo sostenido, estático, de la baranda, con esta vista agudamente cándida, volteo a mi derecha y creo ver pasar una silueta. Mi cuerpo se extraña por haberla percibido, ya que no puedo ver ni de frente cualquier parte del cuerpo mío. Mi cabeza empieza a revolverse y a sudar tan frío como helero, mi cuerpo no quiere moverse, ni mi juicio da la orden de esconderse. De pronto escucho un gruñido que se acerca a mi oído, una respiración profunda siento tras de mí, y pienso solamente que de aquí ya partí. Sin aviso, unas garras... rasgan... mis ropas, y tasajea mi espalda descarnándola en ondas.

— ¿Qué dolor es este que ataca mi cuerpo en tan austero y cruel desprecio? —susurro sucumbido en este ardor maléfico— ¿Qué bestia ataca sin honor por la espalda y se lleva el crédito de una ganada batalla?



Este artículo puede compartirse bajo la Licencia Creative Commons CC BY-NC-ND 4.0

Aprieto la barandilla metálica con fuerza hasta encorvarla y casi extirparla. Escucho unas palabras en voz gutural, lóbrega y estrepitosa, tanto que hasta los muertos le rendirían honra y para las brujas sería sonora. Tan cerca escucho esa voz que me atemoriza y capturo las señales que me dicen deprisa:

— Yo, tú, él, uno solo.

¿Qué querrá decir este religioso nebuloso, que sin yo saber me envuelve en él y que acaso hundirá mi navío?

Pues al decir esto, siento sus garras en mi pecho y sus cabellos en mi espalda, espigados como helechos y tan agudos punzan, como penetrándome minuciosas miles de agujas. De repente dice de nuevo, aturdiendo mis sentidos:

— Yo, tú, él, te espero —y yo trato de no tumbarme mientras sudo hielo.

— ¿Pero qué es lo que queréis de mí, despiadado animalejo? ¿Por qué me tratáis así, si a lo único que se manipula de tal forma es a un condenado o un misionero? —no respondió a mis reclamos y se quedó quieto—. Si es que soy vuestra presa, entonces decidme: “Te tomo y te dejo”, pero no me causéis agonías que morir antes no quiero.

Pues sin ninguna estimación la bestia vuelve y dice el verso:

— Yo, tú, él, nos vemos en el infierno.

Dicho a mí el cernícalo esto, me abre de par en par el pecho, cayéndome, sangrando, vuelto un deteriorado trebejo, siento que mi vida ha dejado de serlo, pues suspiro mis últimos y encontrados anhelos, mi frustración y mis amores secretos. Mi alma empieza a escapar, como ahora que me ha hecho creer en el final y dejo mi deshecho cuerpo atrás. Ya sin gota de sangre y todo disperso, está cada parte sin remedio, pues flotando sobre mí me encuentro.

— ¡Oh! ¿Qué es este sentimiento que me trae paz y a la vez me da ansiedad?

Dejo atrás mis sueños y mis silencios, ya que no es necesario traerlos, pues este estado en que me encuentro no es sombrío ni es divino, solo es un estado libre, el estado del recién muerto.

— ¿Pero qué haré ahora que escapo de esta prisión del mundo, de incalculables misterios? Pues me quedaré aquí, séase este el mejor consejo.

Pienso en este estado en todos mis queridos humanos que no me alcanzarán luego y trato de alejarlos para no devolverme interfecto. Así que no sé en qué forma manifiesto si quiero ir a lo alto, abajo o simplemente quedarme quieto. Ahora no quiero sentir, porque sentir es de vivos, y aunque sea recién nacido, he nacido muerto o muerto he nacido. Comienzo a ver las personas cercanas, que creía eran las lejanas, y como no veo ni ton

ni son...

— Mejor me libro de cualquier señor. No quiero ser en este estado, gobernado como en el mundo, el cielo o el inframundo, como obrero o como mendigo, como pobre o como rico.

Así que decido volver a encontrarme con mis estrépitos, aferrarme a la tierra, con la esperanza de no irme sin idilio. Decido descuartizarme y por partes enviarme: mi pie siniestro para este y el diestro para el otro; para aquel mi mano; para el mozuelo, mi talento. Mi cerebro para el académico, mi amargura para el prefecto. Mi nostalgia para el pueblo y mi visión para el ciego. Mi oído izquierdo para el sordo y mi voz para el rumoroso. Mi nariz para mi amante y mi tacto para el suyo... Así, descuartizo mi alma y la encomiendo de nuevo a la tierra, para no dejar mi apego ni alejarme de ella. Por último, el corazón se lo tiro a la bestia que esperando está y me doy cuenta, cuando lo devora con destreza, que trae también el alma desolada y alborotada la tristeza.

— Yo, tú, él, uno solo somos...

Diciéndolo y alejándose, desaparece en la calina, entre los árboles, los arbustos, los autos y las vías. Toda la bruma desaparece, poco a poco se desvanece y mi cuerpo a su ritmo se irgue, parte por parte empieza a unirse, como en retrospectiva, como en casillas... Empieza a vagar, mi entidad de carne, caminando y caminando tratando de encontrarme, recogiendo de la gente las partes de mi esencia, difícil tarea que no cumpliría sin mi estancia, pues así se ha descompuesto y desmenuzado, poco a poco cada parte, con el tiempo repartiendo migajas, paso a paso, día a día, año a año desgastando su cara, ya que un cuerpo sin alma es como un estanque sin agua...

